

ROGELIO GARCÍA VÁZQUEZ

La obra pictórica de Rogelio García Vázquez

La obra pictórica de Rogelio García Vázquez responde *sensu stricto* a una actitud-aptitud marcadamente autodidacta. Salvo un periodo de tiempo en su adolescencia que asistió a la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz, donde tuvo de profesor al pintor extremeño Adelardo Covarsí, el resto de su existencia ha sido una permanente búsqueda de sí y de hallazgos autodidácticos. Una vida artística de largas vivencias, que arranca en su más pristina infancia con el empleo del carbón vegetal que le servía para tizar las blancas paredes enjalbegadas de las casas de su pueblo, y el enfado natural de sus dueñas, hasta este momento presente, a punto de cumplir sus noventa y cuatro años, en el que sigue pintando con dedicación ininterrumpida. Todo un tiempo consagrado a la creatividad con una vocación profunda e inalterable, hasta el punto que pocos pintores, pocos artistas, habrá en el mundo que hayan superado en su campo laboral al pintor de Maguilla. Un período largo sin duda, en el que Rogelio fue marcando su propio sello, hasta conseguir un estilo personal, el «estilo Rogelio». Su taller madrileño, primero en la calle Tarragona, más tarde en Juan Andrés, 18, ha sido el lugar de aprendizaje, independiente y ajeno a círculos preestablecidos; sin importarle modas ni modismos al uso en su tiempo. No se piense, sin embargo, que este artista fue siempre un hombre encerrado en su propia torre de marfil, sin ningún contacto con el exterior. Nada más inexacto; pues si bien, su formación no estuvo ligada a profesores que le proporcionaran lecciones académicas de forma directa, bien es verdad que desde su llegada a Madrid con apenas catorce años, los grandes museos madrileños, de un modo especial el Prado —esa magnífica escuela de grandes creadores de estilos— fueron visitados de forma reiterada por un Rogelio que asumiría las influencias de cuanto le sugerían los cuadros de los grandes maestros de estas pinacotecas. Ello indujo ciertamente a este pintor autodidacto a ir formándose adecuadamente con enseñanzas de Rubens, Rembrandt o Goya, por poner un ejemplo, tras atentas incursiones espirituales en aquellas grandes composiciones, o con sus frecuentes viajes por la península, y así desembarcar en un pintor propio, con estilo personal como se contempla en su obra. Una nueva fuente de inspiración la encontraremos en los otros grandes museos europeos y americanos, visitados y admirados en su larga trayectoria de viajero infatigable, reteniendo en su retina de modo especial a los grandes maestros impresionistas del siglo XIX. Esas visitas a países extranjeros, servirán igualmente a Rogelio para ir tomando apuntes del natural, como hará en España, con frecuencia paisajes, ya urbanos, ya rústicos, y que más tarde servirán de base a nuevos lienzos elaborados en su taller.

Resultado de esa mirada penetrante del artista en los grandes maestros de la pintura en las distintas

pinacotecas o extranjeras, y esa visión interesada en paisajes tan diversos como pueden ser los castellanos, holandeses o franceses, han conducido al pintor extremeño a una temática rica y variada, desde la figura humana —son escasos los animales que aparecen en la pintura garcivazqueña— hasta los paisajes naturales, pasando por bodegones e interiores de estancias. Todo esto en un reflejo de tipos populares y costumbristas, en una pintura figurativa y realista, en donde cabecitas de «viejos», procesiones aldeanas o «desnudos» femeninos —éstos de una incomparable estética—, sean quizás los mayores referentes; vuelca nuestro pintor su sensibilidad en cada uno de esos lienzos con instantáneas que explican sin describir y sin narrar los argumentos. Es el color el elemento de mayor consistencia en las telas garcivazqueñas; el color, imbricado en la luz. Más difuminados quedan la línea y el dibujo en esa pintura, aun sin ser desdeñados. Los colores, de pincelada corta y espátula ligera y convincente, se superponen o juxtaponen, no en la paleta, sino en el propio lienzo. Pintura que transmite a veces viveza; otras sosiego, más siempre espontaneidad, brillantez y frescura. Manchas de vivo cromatismo que aparecen mezcladas con frecuencia de tonos intensos: rojos, blanco, ocre, fúsias o rosados; en ocasiones empleará azules o verdes, casi nunca el negro y si lo hace, siempre por mezclas; nunca de un modo puro. Estos colores vienen siempre envueltos en una paleta fluida, tamizados con frecuencia de una luz cálida y jugosa.

Si nos viésemos obligados a calificar al pintor Rogelio García Vázquez, dentro de ese estilo personal y auténtico ya señalado, convendríamos en que se trata de un pintor impresionista-atemporal, tomando el primer término por su pincelada corta, suelta, ligera e incisiva y el segundo en su acepción de «fuera del tiempo» o «fuera de *su* tiempo»; de marcada independencia y de una vocación suprema por la pintura.

Alejandro García Galán